

El Padre Hermann Geissler es miembro de la Familia espiritual «La Obra» (*L'Opera*). Ha publicado numerosas contribuciones sobre la vida, la espiritualidad y la teología de san John Henry Newman. Es también director del Centro Internacional de los Amigos de Newman en Roma y docente en diversos institutos teológicos en Italia (entre ellos la Cátedra Ratzinger de la Pontificia Universidad Teológica Central de Florencia) y en Austria. Conoció al Cardenal Joseph Ratzinger, luego Papa Benedicto XVI, desde los años en la Congregación para la Doctrina de la Fe.

1) San J. H. Newman, nuevo Doctor de la Iglesia universal, puede ser también definido informalmente como "doctor de la conciencia". *Elogio de la conciencia* es también un conocido texto de Joseph Ratzinger en el cual el teólogo deja claras sus referencias; sin embargo, no era la primera vez que, ya desde estudiante y profesor, citaba a Newman en sus propios escritos. ¿Cómo reflexiona usted sobre la importancia de reflexionar hoy en día sobre el tema de la conciencia y por qué es tan necesario en los escritos y en el pensamiento de Benedicto XVI?

La conciencia juega un papel central en el pensamiento del santo doctor de la Iglesia John Henry Newman y en la teología de Joseph Ratzinger/Papa Benedicto XVI. Contrariamente a la opinión difundida hoy, ambos no entienden la conciencia simplemente como la propia opinión, el propio sentimiento o la propia voluntad. Seguir la propia conciencia —según Newman y Ratzinger— no significa en absoluto hacer lo que quiero, sino hacer lo que Dios quiere, en la medida en que lo he reconocido. La conciencia no es la voz del propio yo, sino el eco de la voz de Dios, el abogado de la verdad en mi corazón. La conciencia es la orientación interior hacia lo verdadero, hacia el bien, hacia Dios. Naturalmente, es importante escuchar la conciencia y aprender a distinguirla de las otras voces. Se requiere la disponibilidad para seguir paso a paso la voz tenue de la conciencia. Y es indispensable formar la conciencia: a menudo esta voz es tenue, puede ser fácilmente distorsionada y está expuesta a muchas influencias. Los buenos ejemplos, la voz de la revelación, el magisterio de la Iglesia y la palabra de Dios, que es Jesucristo en persona, son ayudas insustituibles para los creyentes.

2) ¿Qué temas en común y qué analogías son evidentes entre los dos estudiosos en la filosofía y en la teología?

Newman y Ratzinger son testigos de la conciencia porque son testigos de la verdad. Ambos buscaron constantemente la verdad, la proclamaron y también sufrieron por ella. Puesto que estaban arraigados en la verdad, en Jesucristo, fueron también hombres de diálogo: capaces de ir al encuentro de los demás e insertarse en el debate público. Nos muestran que las personas de la verdad no tienen miedo a la confrontación.

Ambos sabían también que la verdad está inseparablemente ligada al amor, que solo puede convencer cuando palabra y vida concuerdan entre sí y la verdad de la fe se manifiesta en obras de caridad. De hecho: «Dios es amor» (1 Jn 4,16).

Este Dios nos ha mostrado definitivamente su rostro en Cristo, ha revelado su corazón y, en el bautismo, nos ha hecho hombres nuevos, hijos de Dios. Hasta el fin de los tiempos Dios permanece presente en su Iglesia. Por esto Dios, Cristo, la Iglesia y la nueva dignidad del hombre como hijo de Dios no pueden ser separados el uno del otro.

3) ¿Cómo descubre Joseph Ratzinger a J. H. Newman y cómo aparece en sus horizontes de pensamiento?

Joseph Ratzinger entró en el seminario de Freising en 1946. Allí, tres personalidades lo pusieron en contacto con Newman. Ante todo Alfred Läßle, que le fue asignado en el seminario como prefecto y que estaba trabajando en una disertación sobre la conciencia en Newman. A través de Läßle,

Ratzinger conoció el personalismo de John Henry Newman: para él fue liberador saber que el “nosotros” de la Iglesia no se fundaba en la anulación de la conciencia (como en la dictadura nazi), sino que, al contrario, podía desarrollarse solo a partir de la conciencia.

Poco después, el joven seminarista encontró un segundo experto en Newman. Cuando en 1947 prosiguió sus estudios en Múnich, encontró en el profesor Gottlieb Söhngen un entusiasta seguidor de Newman, que lo introdujo en la modalidad particular y en la forma de certeza del conocimiento religioso.

Algunos años más tarde quedó profundamente impactado por una contribución científica del profesor Heinrich Fries, que le abrió el acceso a la doctrina de Newman sobre el desarrollo de la doctrina cristiana.

Conciencia, certeza de la fe y desarrollo: estas tres categorías de la teología de Newman encontraron en el pensamiento de Joseph Ratzinger un terreno fértil y una viva resonancia.

4) Newman lamenta las “costumbres” de sus tiempos, así como Benedicto XVI luego llamará “relativismo” al mal intrínseco de esta época.

Cuando Newman fue creado cardenal en 1879, pronunció un célebre discurso en el cual, repasando su vida, dijo haber combatido durante 30, 40, 50 años contra un mal fundamental que amenazaba a toda la Iglesia: el liberalismo en la religión. ¿Qué entendía por esto? La idea de que la religión no es una cuestión de verdad, sino de sentimiento, de gusto, de opinión. La idea de que la religión es algo puramente subjetivo, carente de carácter objetivo y público. Esta concepción, que Benedicto XVI ha descrito con el término “relativismo”, se ha convertido hoy en el espíritu del tiempo.

5) Sobre la Asociación Internacional Amigos de Newman y Joseph Ratzinger. ¿Cómo nace y evoluciona este vínculo de investigación y de comunión espiritual e intelectual?

Joseph Ratzinger visitó el Centro Internacional de los Amigos de Newman ya en 1975, cuando, tras un primer congreso sobre Newman en Roma, fue fundado por miembros de la familia espiritual “Das Werk” (La Obra). Cuando en 1982 fue nombrado prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y se trasladó a Roma, se convirtió en un amigo de “La Obra” y del Centro Newman. Venía a menudo de visita, impartió conferencias sobre Newman, celebró liturgias en memoria de Newman. Se convirtió en un verdadero amigo de Newman, también porque consideraba el pensamiento y la obra de Newman extremadamente importantes para nuestro tiempo. Fue, por tanto, para él una alegría particular poder beatificar a Newman en 2010.

6) El tema de la conversión, ya tan presente en Agustín, vuelve a ser preponderante en Newman. ¿Puede ser este ejemplo de vida vivida uno de los motivos, en su opinión, de tanta admiración e interés de Joseph Ratzinger por Newman y de que se sienta espiritual y caracterológicamente cercano a él? ¿Se puede pensar que compartieran la visión de un continuo camino en búsqueda de la verdad en una ampliación de los horizontes de la razón?

Newman estaba convencido de que el crecimiento es un signo de vida. Si algo no crece y no madura más, está en peligro de rigidez o de muerte. Conversión, crecimiento y desarrollo remiten a un vínculo vivo con el Señor. Sin duda este es un aspecto que tienen en común Agustín, Newman y Ratzinger. Para permanecer fieles a sí mismos —según el plan de Dios— es necesaria una conversión constante y una continua orientación hacia lo verdadero, lo auténtico, el bien. Se puede también decir que en esto consiste el camino hacia la santidad, a la cual todos los hombres están llamados.

7) Elija una cita de Joseph Ratzinger que pueda ser compartida por S. J.H Newman.

En una homilía de Navidad, el Papa Benedicto XVI dijo: «Dios es tan grande que puede hacerse pequeño. Dios es tan potente que puede hacerse indefenso y venir a nuestro encuentro como un niño indefenso, para que podamos amarlo. Dios es tan bueno que renuncia a su esplendor divino y desciende al establo, para que podamos encontrarlo y así su bondad nos toque también a nosotros, nos contagie y obre a través de nosotros». Estas palabras podrían provenir también de Newman, que veía en la Encarnación, en el hacerse hombre de Dios, el núcleo de la fe cristiana.

8) Pregunta de rigor. ¿Qué textos o discursos aconseja redescubrir y profundizar de Joseph Ratzinger/Benedicto XVI?

Recomiendo a todos los interesados empezar con uno de los libros-entrevista de Joseph Ratzinger, preferiblemente con la obra *Informe sobre la fe* (Rapporto sulla fede). Una introducción buena y sencilla a su pensamiento y a su fe la ofrecen sus profundas homilías, fácilmente comprensibles y espiritualmente muy estimulantes. También las tres encíclicas sobre el amor (*Deus caritas est*), sobre la esperanza (*Spe salvi*) y sobre la fe (*Lumen fidei*, publicada por el Papa Francisco pero en gran parte redactada por Benedicto XVI) son adecuadas como lectura introductoria. Para una mayor profundización, remito a los teólogos a *Introducción al cristianismo*; a aquellos que buscan un fortalecimiento de la fe en Cristo a la trilogía sobre *Jesús de Nazaret*; a los interesados en las cuestiones culturales a los grandes discursos que Benedicto XVI pronunció en Ratisbona, París, Roma y Londres. Al mismo tiempo deseo subrayar que todos los textos de Joseph Ratzinger / Benedicto XVI pueden ser leídos con gran provecho.

9) Usted conoció a Joseph Ratzinger - Benedicto XVI desde Cardenal cuando trabajaba en la entonces Congregación para la Doctrina de la Fe. ¿Cómo recuerda su trabajo allí? ¿Qué recuerdo personal puede compartírnos?

El Cardenal Ratzinger promovió fuertemente la colaboración, el diálogo y el respeto hacia todos. No por casualidad eligió como lema de su servicio episcopal y papal las palabras “Cooperatores veritatis” (Cooperadores de la verdad). Él sabía que la verdad puede ser encontrada, creída y transmitida solo juntos. Una condición para este “juntos” es la humildad.

A este propósito recuerdo el primer coloquio personal con el Cardenal Ratzinger, cuando a los 28 años empecé a trabajar en la Congregación para la Doctrina de la Fe. Estaba emocionado, pero él me puso la mano en el hombro y dijo: «Padre Hermann, si ahora trabaja en la Congregación para la Doctrina de la Fe, no olvide permanecer sencillo y humilde. Entonces el trabajo saldrá bien».

Benedicto XVI fue un humilde trabajador en la viña del Señor. La combinación de talento genial, fe profunda y gran humildad constituía su grandeza y su santidad.